

CAPITULO V.

ALEMANIA É ITALIA DE 1453 Á 1494.

Divisiones en Alemania y en Italia. Los emperadores Federico III y Maximiliano. — Italia en la segunda mitad del siglo xv.

Divisiones en Alemania y en Italia. Los emperadores Federico III y Maximiliano.

Acabamos de ver que tanto en Francia como en Inglaterra y en España se formaban vastas y poderosas monarquías. Reunidas las tres grandes naciones de Occidente cada una con su jefe nacional que impone en sus Estados orden y obediencia, se hallan dispuestas para la acción exterior que, con efecto, no tarda mucho en producirse.

Dos países situados en el centro del continente europeo se obstinaban en vivir en la anarquía de la edad media. Divididas, y por lo tanto débiles, la Alemania y la Italia despertarán la codicia de los conquistadores y en sus Estados zanjarán sus contiendas los ejércitos europeos. Italia será el primer campo de batalla de la Europa, y una vez avasallada, Alemania será el segundo, y entrambas comarcas pagarán con los males de las invasiones, la ambición y el orgullo de sus ciudades y de sus reyes.

La casa de Austria había recobrado entonces el cetro imperial; mas el indolente Federico III no era capaz de adquirir también un poder fuerte. En los 53 años que duró su reinado (1440-1493), olvidó el imperio y solo se ocupó en ensanchar sus dominios austriacos que erigió en archiducado en 1453. En vano los electores le amenazaron, Federico no quiso salir de su apatía sistemática. Permitió que el

duque de Borgoña, Felipe el Bueno, rompiese el lazo feudal que unía los Países Bajos al imperio; y si burló las ambiciones del Temerario negándole el título de rey, hizo pocos esfuerzos para salvar á Neuss y á los suizos que se salvaron por sí solos, la primera con una resistencia heroica y los otros ganando tres batallas. En 1460 hubo una guerra dentro de Alemania; y Federico se contentó con poner fuera de la ley á su autor el elector palatino, quien respondió á la impotente sentencia añadiendo á su castillo de Heidelberg una torre que llamó Trutz-Kayser (*Burla del emperador*) y mereció su nombre. Otra larga guerra se declaró (1449-1456) entre varios príncipes y 72 ciudades, en la cual quemaron ambos partidos mas de 200 pueblos; y Federico contempló impasible aquella lucha en la cual sin embargo, combatían los suizos.

Federico III era mas activo en sus posesiones, aunque no mas feliz, cuando desenvainaba la espada. Su predecesor Alberto de Austria habia dejado á su hijo Ladislao el Póstumo las coronas de Bohemia y de Hungría con el ducado de Austria. Federico tuvo cautivo al joven rey, y si cedió á las enérgicas reclamaciones de los bohemios y los húngaros, se quedó con la corona de San Estéban que representaba á los ojos de los húngaros la independencia de su país. Mahomet II entraba en Constantinopla y llevaba sus tropas victoriosas á Belgrado (1456), último baluarte de la cristiandad. Magnífico papel tenia entonces que desempeñar Federico; mas le dejó á Juan Huniade «el caballero blanco de Valaquia.» El franciscano Juan Capistran reunió 40,000 alemanes gracias á sus predicaciones; Huniade penetró con ellos en la plaza, hizo levantar el sitio y murió de sus heridas legando á su hijo Matías Corvino su gloria y fama.

Dos años despues falleció Ladislao. Federico se constituyó en heredero y fracasó por todas partes. Los bohemios eligieron por rey á Podiebrado, los húngaros á Matías Corvino y Federico debió compartir el archiducado de Austria con su primo Segismundo y su hermano Alberto. Quiso despues arrebatár sus posesiones á viva fuerza; pero fué

mánico, no obstante el título que su orgulloso jefe podía darse, era en realidad una aglomeración inconsistente de príncipes y de ciudades, sin más lazos entre sí que ciertos recuerdos antiguos, la semejanza de costumbres y la identidad de lengua, lazos cuya fragilidad se descubrió el día en que se desencadenaron las pasiones religiosas.

Algunos de los más poderosos príncipes alemanes comenzaban ya á entrar en recelos con aquella actividad que Maximiliano demostraba; y á ejemplo de los reyes, se atribuían el poder absoluto en sus respectivas posesiones. « Hacen lo que se les antoja, » dice un escritor casi contemporáneo. Vemos, pues, que la revolución continuada en Francia, en Inglaterra y en España, se operó también en el imperio; pero con la diferencia de que no fué en favor del emperador, sino de los príncipes. En 1502 los siete electores concluyeron la *Union electoral*, en cuya virtud se comprometieron á reunirse todos los años para escoger los medios de mantener su independencia y de poner coto á las usurpaciones de la autoridad imperial. Sin embargo, carecían de fundamento sus temores, porque Maximiliano se encontraba falto de dos cosas muy esenciales, de dinero y de perseverancia; toda su vida corrió de un proyecto á otro y siempre fué lo que los italianos le llamaban, *Massimiliano pochi danari*.

La historia política del imperio aparece tan vacía en la época de Maximiliano I como en la de Federico III, pues si Maximiliano interviene en los grandes sucesos de Europa, no es tanto como emperador sino como padre del soberano de los Países Bajos ó como archiduque de Austria. En calidad de tal firma con Carlos VIII el tratado de Senlis que le da el Artois y el Franco Condado (1493); sostiene una guerra desastrosa contra los suizos á cuyo fin concluye la paz de Basilea (1499); entra en la liga de Carlos VIII, después en la de Cambray contra Venecia (1508), y luego en la coalición contra Luis XIII, y gana la batalla de Guinegate (1513). La guerra de sucesión en Baviera, en la que toma parte, le vale ciudades y dominios á orillas del Inn; la muerte de un conde de Goritz y de Gradisca, dos gran-

des dominios, y por último, la del archiduque Segismundo de la rama del Tirol, reúne en sus manos todas las posesiones del Austria. Su vida se prolongó lo bastante para que pudiese ver la inmensa extensión que tomó su casa mediante el enlace de Felipe el Hermoso con Doña Juana la Loca, heredera de España, de Nápoles y del Nuevo Mundo, y él preparó asimismo el casamiento de su nieto Fernando con la hermana de Luis II que le aseguró la sucesión á las coronas de Hungría y de Bohemia. A vuelta de esto vió también levantarse uno de los principales obstáculos que tuvo aquel poder, la reforma: murió en 1519, época en que ya Lutero había roto con Roma. Dícese que Maximiliano llevaba consigo su féretro en el último año de su vida, para familiarizarse con la muerte.

Italia en la segunda mitad del siglo XV.

Italia era el centro de todo el comercio del Mediterráneo cuando sobrevino la invasión de los franceses. No había á la sazón en Europa ninguna comarca tan adelantada en agricultura y en industria. « Hallábanse aun entonces en plena actividad las manufacturas de seda, de lana, de lino y de pieles; la explotación de los mármoles de Carrara, las fundiciones de las Marismas, las fábricas de azufre y de alumbre. El sistema del cultivo que seguían los labradores, tan superior á los demás que había en Europa, aseguraba á Italia una feracidad que aumentaban en la Lombardia las precauciones contra las inundaciones y las aguas estancadas que aun en la actualidad esterilizan tierras que en otros tiempos fueron fértiles. Las aldeas donde se fortificaban los campesinos, ponían de manifiesto un bienestar que correspondía á los esplendores de las grandes ciudades, y en estas había tanta afabilidad en el trato social, tanta cortesía, tanta inteligencia de todo lo que hace la vida agradable y fácil, que el italiano, el más rico, feliz y civilizado de los pueblos europeos, podía tratar de bárbaros á las demás naciones, siempre dispuestas á admirar sus

magníficas ciudades y á sentarse en los bancos de sus doctas aulas¹. »

Con todo esto era Italia la mas débil de las naciones europeas, tenia artistas y traficantes, pero no pueblo; tenia condottieri, y no soldados. Los italianos tan hábiles para conspirar no sabian ya batirse: en la jornada de Anghiari pelearon cuatro horas y no hubo mas que un jinete muerto de sofocacion entre las filas. Tales eran los amargos frutos del despotismo: no habiendo ya ni libertad patria, no habia tampoco valor ni ciudadanos.

Mas dividida que Alemania, Italia ni siquiera tenia un nombre aceptado por todos, como el de emperador, ni una autoridad que infundiese algun respeto, como la de la dieta. Sus diversos Estados completamente independientes, no poseian otro lazo entre sí que la similitud de lenguaje y de costumbres.

A mediados del siglo xv comienza en la Península una situacion nueva. Con efecto, no era ya güelfa ni gibelina, ni pontificia ni imperial; no era ya republicana, sino que se habia entregado á una porcion de príncipes. El condottiere Sforcia fué tronco ducal en Milan y otros lo fueron en la Romanía y en las márgenes del Po. Los Médicis, familia de banqueros, dominaban en Florencia, y en Nápoles mandaba el rey de Aragon. ¿Se unirian siquiera todos aquellos príncipes para defender la independenciam de Italia avasallada por el extranjero? Sin hablar de las pretensiones y codicias que amenazaban por la parte de Francia y de Alemania, la toma de Constantinopla por los turcos y los esfuerzos de los portugueses para encontrar por mar el camino de la India, creaban á Italia gravísimos peligros, quizás correria riesgos su existencia, y seguramente, le corria su fortuna. Habiendo perdido ya el principal alimento de su comercio con la caída del imperio de Oriente, si los portugueses la cerraban el camino de la India por Alejandría, haciéndole inútil, y si los turcos, que eran sus enemigos en el continente griego, se apoderaban de Egipto,

1. Zeller, *Historia de Italia*.

estaba completamente perdido el comercio italiano. A esto conviene añadir que aquellos turcos, mientras toman á Egipto, lanzan ya su caballería en el Friul y sus bajeles por las aguas de Italia: el dux no es ya el único esposo que tiene el Adriático.

No parece que tales peligros podian inspirar á los italianos otro pensamiento que el de la union; y efectivamente, así lo hubieron de comprender todos con el terrible golpe que hirió al imperio giego: olvidaron antiguas enemistades y se juraron en Lodi una eterna concordia (1454), paz precaria, debida á la cordura de los grandes hombres que eran á la sazón los árbitros en Italia, Francisco Sforcia, duque de Milan, Cosme de Médicis, que mereció en Florencia el bello sobrenombre de Padre de la patria, Alfonso V el Magnánimo, y los papas Calisto III y Pio II (1455-1464), que deseaban que todas las mañanas se tocase en toda la cristiandad *la campana de los turcos*.

Mas ocurre la muerte de Alfonso (1458), el príncipe angevino Juan de Calabria reivindica su corona y vuelve á caer Italia en una confusion indecible. El papa distrae á Scanderberg de su heroica lucha para mezclarse en aquellas impías guerras (1462), y sostiene á Juan de Calabria. Francisco Sforcia que teme al pretendiente francés, duque de Orleans, heredero de los Visconti que él ha despojado, abraza la causa del aragonés y ayuda al rey de Nápoles Fernando contra su rival (1463).

Restablecida la paz en la Península con la derrota de Juan de Calabria en Troja, no tarda en alterarse de nuevo con la muerte casi simultánea de Cosme (1464), de Francisco Sforcia (1466) y de Pio II que expira en Ancona viendo la escuadra que le esperaba para llevarle á Grecia (1464). En 1478, coalicion contra Florencia, y en 1482, contra Venecia. Los turcos aprovechan la ocasion; sorprenden á Otranto (1480), degüellan ó reducen á esclavitud á 12,000 cristianos y despedazan al gobernador con una sierra. Italia se acostumbra á vivir con el temor de los turcos como se habia acostumbrado á sus tira . La ge-

neracion de hombres eminentes que aun tenia á mediados del siglo, no ha dejado mas que indignos sucesores. Echemos una ojeada á cada Estado, y bajo la brillante capa de una civilizacion material y corrumpida, encontraremos todas las señales de la muerte política y moral.

Desde el año 1450 reemplazaban en Milan los Sforcias á los Visconti. Singular por todo extremo fué la fortuna de aquella familia. A principios del siglo xv el labriego Attendolo ve pasar un dia por el campo unos soldados, y arrojando al punto el azadon con que cortaba leña, corre á alistarse. Era hombre de corazon y de cabeza; con su bravura adquiere el nombre de Sforcia, se hace capitán, jefe de partido, el condottiere mas temido de Italia, y deja su fama, sus talentos, sus tropas y muchas fortalezas á su hijo natural Francisco Sforcia, quien recibe del papa la marca de Ancona, y despues, combatiendo por cuenta de Venecia y de Florencia, derrota al duque de Milan y este le desarma casándole con su hija. Muerto el duque, vuelve Milan á ser república y elige á Sforcia por defensor contra Venecia. Con efecto, Sforcia vence á los venecianos; pero seguidamente obliga á los milaneses á que le proclamen duque (1450), y reina diez y seis años, siendo muy respetado por los soberanos que solicitan su alianza, como hizo Luis XI á quien mandó socorros durante la Liga del bien público. Su indigno hijo Galeazo María, planteó un sistema tiránico y rapaz, y nadie en el ducado tenia á cubierto la vida y honra. Los grandes le asesinaron en medio de sus guardias en la basílica de San Estéban (1476). Dejó un hijo de ocho años, Juan Galeazo, que le sucedió bajo la tutela de su madre, Bona de Saboya y del canceller Cicco Simonetta; pero el tío del jóven príncipe Luis Sforcia, llamado el Moro, dió muerte al ministro, derrocó á la regente y gobernó en nombre de su sobrino, despues de declararle mayor (1480), hasta que por fin, arrojando la máscara, encerró á Juan Galeazo en el castillo de Pavía, con su jóven esposa Isabel, nieta del rey de Nápoles, quien amenazó al usurpador con una guerra si no restituía el poder al soberano legítimo. Temiendo Luis que se for-

mara una liga de los Estados italianos contra él, pidió á Cárlos VIII que pasara los Alpes.

El Milanésado continuaba siendo uno de los países mas ricos del mundo, y los lombardos no habian dejado de ser, como en la edad media, los banqueros de una parte de Europa, gracias á la abundancia de capitales que llevaban á sus arcas la agricultura perfeccionada, la industria floreciente y un gran comercio. En crecido número acudian á la feria de Beaucaire, y á la de Lion que acababa de autorizar Luis XI. Tenian en Brujas un inmenso depósito de mercancías que de allí pasaban al norte de Francia, á Alemania y á Inglaterra, y habia bajeles que las transportaban hasta los países escandinavos. Tambien cultivaban las artes. Luis el Moro hacia permanecer en Milan á Leonardo de Vinci y continuaba la construccion de la catedral, ó montaña de mármol cubierta con un mundo de estatuas, que no es inferior en grandeza á San Pedro de Roma.

Génova, cedida por Luis XI á Francisco Sforcia (1464), recobró algun tiempo la libertad despues de la muerte de Galeazo María (1476), para caer de nuevo bajo el yugo de Luis el Moro á quien dió la investidura Cárlos VIII, como si fuera un feudo de la corona de Francia (1490).

Venecia figuraba en primer término entre los Estados italianos. Por espacio de medio siglo las discordias aumentaron su poder, y de 1423 á 1453 adquirió cuatro provincias en el continente italiano; aunque le fueron tan costosas que disminuyeron 100,000 ducados de sus rentas anuales. Cuando se supo en Italia la terrible nueva de la toma de Constantinopla por Mahomet II, Venecia firmó con los demás príncipes la paz de Lodi; pero en el año siguiente olvidó la cruzada y trató con Mahomet II, y cuando echaban en cara á los venecianos aquella precipitada defeccion, contestaban diciendo: *Siamo Veneziani, poi cristiani* (primeros venecianos y cristianos despues). Sin embargo, no podian tener paz con los turcos por causa de sus posesiones en el Archipiélago y en Grecia. En 1464 se rompieron las hostilidades, se apoderaron los turcos de Negroponto y Escutari, pasaron el Piave y lo asolaron todo hasta las lagunas.

Desde Venecia se veia el incendio. Otra vez negoció y tuvo que sufrir afrentosas condiciones, como la de pagar tributo á los musulmanes (1479). Cuatro años antes habia adquirido Chipre sosteniendo en la isla á Catalina Cornaro, « la hija de San Márcos » que nombró heredera á la república en 1498, y Venecia sin ningun escrúpulo, pidió al soldan de Egipto la investidura de aquel antiguo reino de los Lusitanos.

Venecia estaba entonces en el apogeo de su poderío. Con sus 3,000 naves y sus 30,000 marineros, su numeroso y aguerrido ejército, sus famosas fábricas de espejos, de telas de seda y de objetos de oro y plata, su inmenso comercio y un gobierno despótico y muy hábil, habria podido ser utilísima contra el extranjero; pero « se aislaba en su ambicion importuna é impetuosa, creyendo que siempre marcharia viento en popa y no desperdiciando las ocasiones de ganar á costa de otros. Así era que todos la aborrecian. » Los efectos de aquel ódio aparecieron por primera vez en 1482. Todos los príncipes se coaligaron contra ella, sirviendo de pretexto la pretension del duque de Ferrara de establecer salinas en Commachio para eludir la obligacion de tomar sal en los depósitos de Venecia. El rey de Nápoles, Milan, Mantua, Florencia, y por último, el papa, se declararon por el duque de Ferrara; pero Venecia no se arredró ni ante los ejércitos de los aliados ni ante la excomunion del papa y consiguió con la paz, la Polesina de Rovigo.

Cierto es que su gobierno si no daba á Venecia libertad, sabia adquirirla en cambio poder y riqueza. Su aristocracia era notable. La autoridad del dux tan limitada por el gran consejo y luego por el de los Diez, llegó á ser puramente nominal desde que se crearon los tres inquisidores de Estado (1454), esto es, los verdaderos soberanos de Venecia. Sin dar cuentas á nadie podian pronunciar la pena de muerte y disponer de los caudales públicos. Temiendo con fundamento la ambicion de aquellos tres hombres, cuya autoridad era omnímoda, se les permitió que llamaran al dux y reunido con dos de ellos, podian condenar al tercero. Los tres inquisidores de Estado hacian sus estatutos y los mo-

dificaban á su antojo, por manera que la república hasta ignoraba cuáles eran las leyes vigentes.

Venecia debió á aquel régimen una paz interior que contrastaba con las continuas agitaciones de las demás ciudades de Italia. En todas partes admiraban la sabiduría de aquel gobierno que mantenía la paz entre sus súbditos y les proporcionaba al propio tiempo el bienestar por medio del trabajo. No habia poblacion mas famosa que Venecia en punto á placeres, y se hablaba con envidia de la vida que se daban allí los nobles y hasta el pueblo. No obstante reinaban en Venecia el espionaje y la delacion organizados y pagados, esto es, el siniestro sistema del terror. El noble que hablaba mal del gobierno recibia dos avisos y el tercero era la muerte, y todo operario que exportaba una industria útil á la república, moria á puñaladas. La sentencia, la ejecucion, todo era secreto. La boca del leon de San Marcos recibia la delacion anónima, y las aguas que pasaban por debajo del puente de los Suspiros se llevaban los cadáveres.

Queriendo librarse Venecia del ascendiente de los generales y de la influencia de los ejércitos, solo empleaba condottieri y jefes extranjeros bajo la vigilancia de dos proveditores; por cuya razon no podia, sin peligro, emprender guerras ofensivas, ni hacerse conquistadora, pues oscilaba siempre entre el temor de alcanzar triunfos que dieran gloria y poder al general, ó de una traicion que le llevara al enemigo. Ocho meses duró la instruccion de la causa que se formó contra el condottiere Carmañola; y en todo ese tiempo nada reveló al conde el riesgo que corria, porque le dejaron á la cabeza del ejército y le colmaban de honores, siendo así que estaba ya condenado á muerte (1432).

En la otra parte de Italia se elevaba en el valle del Arno la hermosa Florencia. Agitada largamente por la memorable contienda de los güelfos y los gibelinos, no recobró la paz hasta el año 1343, cuando todas las clases de la poblacion se confundieron en la igualdad política. Los nobles durante tantos años apartados del gobierno, fueron elevados á la categoría de ciudadanos. La constitucion de Florencia

era muy notable. El poder ejecutivo pertenecía á seis *priores* que se renovaban cada dos meses, y el legislativo á dos asambleas, *consejo del pueblo* y *consejo del comun* cuyos miembros nombraban por cuatro meses, nombramientos todos que se hacian por suerte para evitar intrigas. A mayor abundamiento, la asamblea general del pueblo era única soberana y debia congregarse cuantas veces se trataba de modificar la ley fundamental.

Así como la democracia ateniense excluía de su seno á los extranjeros domiciliados, así tambien la democracia florentina no admitia en el poder político á los artesanos no privilegiados, los *Ciampi*; y aunque estos se sublevaron en 1378, fueron vencidos.

A decir verdad, aquella victoria solo aprovechó á las grandes familias de la clase media, primero á los Albizzi y despues á los Médicis. La casa de los Médicis que debia llegar á ser tan poderosa, se habia hecho popular elevando al goce de derechos políticos á los ciudadanos de segundo orden, *artes menores*, como decian en Florencia. A Silvestre siguió Cósme de Médicis que logró en el comercio una fortuna fabulosa, empleada en socorrer á los pobres y en hacerse amigos entre los ricos prestándoles dinero, de cuyo modo se constituyó en bienhechor ó deudor de la mayor parte de los florentinos. Los Albizzi le desterraron porque le temian; pero justamente su destierro fué su elevacion: al cabo de un año Cosme volvió en triunfo (1434), y aunque no quiso el poder supremo en razon á que le importaba poco un gran título, su autoridad fué desde entonces absoluta y durable, todos los cargos públicos recayeron en sus amigos. En apariencia no era mas que un banquero, en realidad, era el amo y lo fué toda su vida (1434-1464).

Brillante cual ninguno és aquel período de Florencia. Todos se contentaban con la sombra de gobierno republicano que subsistia, viendo que reinaban la paz y el orden, que florecian las letras y las artes, gracias á la proteccion de los Médicis, y que progresaban constantemente el comercio y la industria. Bien mereció que Florencia agradecida llamase Padre de la patria á Cosme de Médicis; al

hombre que gastó 32 millones en construir palacios, hospitales y bibliotecas, cuando se daba él la vida mas sencilla, cuando en vez de buscar para sus hijos régias alianzas, los casaba con familias de Florencia. Así fué que los hijos se acordaron todavía que eran iguales á sus conciudadanos antes de mandarlos; pero pasada la primera generacion, la herencia del poder en una familia de advenedizos vino á producir sus naturales frutos, los Médicis olvidaron su origen plebeyo, se consideraron como príncipes y Florencia perdió entonces hasta la apariencia de su antigua libertad.

Los nobles la reclamaron en 1465 contra Pedro I, que supo desbaratar sus planes; pero fué víctima uno de sus hijos (1478). El papa Sixto IV por cariño á uno de sus sobrinos, Gerónimo Riario, quiso conquistarle un principado en la Romanía, le que era destruir el equilibrio italiano y violar el tratado de Lodi. Protestaron los florentinos, y airado con aquella resistencia, Riario tomó parte en la conspiracion de los Pazzi, cuyo plan consistia en asesinar á Julian y á Lorenzo de Médicis mientras se celebraba la misa en Santa Reparata (1478). Con efecto, Julian sucumbió; pero Lorenzo se defendió y castigó á los asesinos. Uno de los cómplices era Salviati, arzobispo de Pisa, que fué ahorcado de una ventana de su palacio. Siguió á esto una excomunion contra los Médicis y una guerra en la cual tomaron parte todas las potencias italianas, guerra que los turcos aprovecharon para saquear la ciudad de Otranto.

La aparicion de los turcos en Italia amedrentó á los príncipes, Sixto IV abrió los ojos y consintió en tratar, y gracias á la prudencia de Lorenzo de Médicis que se trasladó á Nápoles para negociar con Fernando, se hicieron otra vez las paces.

Lorenzo fué llamado el Magnífico y el Padre de las Musas por la proteccion que dispensó á los hombres de ciencia y á los artistas. Recibió á los griegos expulsados de Constantinopla, encargó á Ficino una traduccion de Platon, mandó publicar una edicion de Homero, por Calcóndilas, favoreció á Angel Policiano, poeta erudito y al Poggio, docto literato, y encomendó á Ghiberti la fundicion de las puertas

vencido y habria caído prisionero en Viena, sin un socorro de Podiebrado. La muerte de Alberto le dió naturalmente lo que codiciaba. En 1471 murió también Podiebrado y no fué suya la Bohemia, porque eligieron á Wladislao, hijo primogénito del rey de Polonia, Casimiro IV. Federico fundó sus esperanzas en que las rivalidades aniquilarían á la Bohemia y á la Hungría donde Matías, auxiliado por los venecianos, sostenía una gloriosa lucha contra los otomanos; pero se pusieron de acuerdo los dos reyes y Matías pidió cuenta al emperador de sus intrigas, de sus sordos manejos en Hungría y de su villana conducta con la causa de la cristiandad y de la civilización. Salieron derrotados los austriacos: Viena cayó en poder de Matías que la conservó hasta su muerte (1490).

Sin embargo, aquel emperador *de corazón pequeñísimo*, como dice Comines, aquel archiduque siempre derrotado, supo fundar la grandeza de su casa. Gracias al casamiento de su hijo Maximiliano con María de Borgoña, el Austria tuvo primero los Países Bajos y después la España. Ya sabemos cómo se hizo aquel enlace y cuáles fueron las relaciones de Federico III con Carlos el Temerario.

Maximiliano era un hombre instruido, elocuente y valeroso. Cultivó las letras, las ciencias y las artes; pero tenía un carácter voluble, no profundizaba ninguna cosa, no temaba asiento en ninguna parte y andaba siempre en busca de aventuras por toda Europa haciendo mucho ruido y poco trabajo útil. No obstante, el estado de la Alemania le ocupó mucho más que á su padre. La anarquía había llegado á un punto, que ciertos Estados iniciaron medidas muy enérgicas. En 1488 formaron una liga en Eslingen los príncipes y las ciudades de Suabia, y en algunos años la confederación, que quería á toda costa atajar el mal, destruyó 144 fortalezas cuyos amos tenían de tiempo inmemorial la costumbre de robar á los viajeros y de talar la campiña.

Empero no bastaba un esfuerzo parcial y transitorio, sino que era preciso organizar un sistema de represión general y permanente para asegurar la paz pública. Tal fué el objeto que se propuso la dieta de Worms cuando pro-

mulgó la famosa constitución de 1495 que prohibía toda guerra entre los Estados, atribuyendo el castigo de las violaciones á un tribunal inamovible cuyos miembros elegía el emperador sobre una lista de candidatos que los Estados presentaban, y que se llamó *Cámara imperial*.

Para ejecutar debidamente las sentencias del tribunal supremo, dividieron la Alemania en diez círculos, sábia providencia que había intentado ya el emperador Alberto II y que realizaron reinando Maximiliano, las dietas de Augsburgo (1500) y de Tréveris (1512). Todo el territorio germánico, con el de Bohemia y sus dependencias, se repartió en diez circunscripciones con un director cada una que tenía á su mando el cuerpo de tropas que debía mantener cada círculo y cuidaba de sostener la paz pública. Maximiliano organizó el servicio de correos tal como le fundó en Francia Luis XI, lo que fué un lazo más entre las diversas poblaciones.

Desgraciadamente para la Alemania no tuvieron un éxito completo aquellas instituciones de policía general. La dieta que poseía el poder legislativo, desconfiaba de los emperadores austriacos, y estos, en cambio, entorpecían la ejecución de los reglamentos y de las leyes que quería poner vigentes la asamblea soberana. Bajo este concepto, el *Consejo áulico* que creó en 1501 Maximiliano para la administración de sus Estados hereditarios y para que fallara las causas reservadas al emperador, limitó la autoridad de la Cámara imperial. Aunque la jurisdicción del nuevo tribunal se concretó en un principio á los Estados austriacos, luego se fué extendiendo paralelamente á la de la Cámara imperial, cuyos miembros estaban mal pagados y cuyas sentencias se obedecían muy poco¹. Las usurpaciones del consejo áulico fueron una de las causas de la guerra de los Treinta años.

En suma, á fines de aquel período, el santo imperio ger-

1. La Cámara imperial reorganizada varias veces no se constituyó definitivamente hasta el año 1539 en Spira. En 1698 se trasladó á Wetzlar, donde permaneció hasta la caída del imperio de Alemania.